

dejaría éste su cerebro al fuego devorador de las teorías socialistas, ni pensaría jamás en armarse y rebelarse contra sus patronos; el incendio social no subsistiría y los estragos que causa y que todavía por desgracia se esperan, desaparecerían, al menos en su mayor parte. Pero, mientras tanto el Estado ó las sociedades particulares no dispongan lo más acertado para que el obrero reciba un suficiente salario, todavía podría remediarse mucho, muchísimo, con que los pudientes dieran limosna en grande escala. Hoy, ciertamente, si no se aumentan los jornales al obrero, se multiplicarán las dificultades de vida al patrono; si disminuye la limosna, aumentarán el odio y la dinamita. Es la limosna agua saludable capaz de apagar las llamas que en el corazón del obrero encendieron la necesidad y las máximas demoleadoras del socialismo.

III

Al llegar á este sitio hemos andado sin pensarlo la mitad del camino que pensábamos recorrer. Mas volviendo hacia atrás nuestros ojos, observaremos: 1.º que los economistas liberales están en un pernicioso error; 2.º que Jesucristo es el Dueño y el Legislador de la única y verdadera ciencia económica. Fáltanos ahora considerar que la legislación purísima de esta ciencia se sintetiza de una manera la más admirable en Jesucristo Sacramentado.

Para convencernos de esta sublime verdad bastará que nos remontemos con la consideración á la época de la institución de la Santa Eucaristía. Antes que Jesucristo proceda á llevar á cabo una Obra de transcendencia tanta, un prodigio tan admirable, intenta acercar hacia sí los corazones de sus discípulos. Sin hablarles una palabra se desnuda de sus vestiduras sagradas y, tomando, como dice la Escritura, la forma de vil siervo, lava los inmundos pies de sus amigos. Luego se dirige á éstos y les dice: «Acabo de daros ejemplo: de la misma manera que yo he hecho con vosotros debéis vosotros practicar los unos con los otros (1)».

(1) Joan. XIII, 15.

Empero tan raro ejemplo de caridad, cuya base era la humildad profundísima, no significaba otra cosa sino la preparación que los apóstoles deberían usar para recibir el más augusto de los Sacramentos, que á continuación su divino Maestro iba á instituir. Todavía, antes de realizar sus acertados proyectos, con acento cariñoso añade á sus fieles discípulos: «Os doy un nuevo mandato y es que os améis los unos á los otros de la misma manera con que yo os he amado. En esto conocerán, además, que soís mis amigos, en si os amáis recíprocamente como os he mandado» (1). He aquí el fundamento sólido de la ciencia cristiano-económica, de toda verdadera y legítima economía social. El amor mutuo, la caridad divina; y es no solamente la firme base de este edificio tan difícil de levantar en nuestros días, sino también sus medios, su complemento y toda, absolutamente toda su verdadera y única solución. La caridad, empero, de que habla Jesucristo y que constituye la base de la social Economía, debe ser tan grande, tan extensa y universal que se extienda hasta querer dar la vida por los amigos á imitación del Salvador, que dió la suya por todos. Si así fuera la caridad de los hombres contemporáneos, no habría para qué hablar de cuestión económica, porque, ciertamente, todo lo resuelve la caridad cristiana. Mas no perdamos de vista el objeto que nos hemos propuesto considerar. El soberano sermón que el Hombre-Dios pronunció la noche de la Cena, antes de instituir la Divina Eucaristía, y que, según acabamos de notar, versaba sobre la Caridad divina, se refería á la Obra bellísima que después iba á poner en ejecución. Era la Santa Eucaristía, y Jesucristo, una vez la hubo manifestado á sus discípulos, declaró que esa bellísima Obra la reputaba por divino sello que imprimía al tierno sermón anterior. Así, este excelso Sacramento venía á confirmar la doctrina precedente; y si ésta instruía y exhortaba á los apóstoles, la Divina Eucaristía les animaba y fortalecía para llevarla al terreno de la práctica. La Eucaristía, considerada

(1) Joan. XIII, 34 y 35.

desde este punto de vista, es el apretado lazo que une al Maestro con sus discípulos, y á la teoría de la bella doctrina evangélica con la práctica sublime de la caridad recíproca. Ahora, pues, es cuando la soberana Eucaristía se destaca esplendorosamente en el campo económico-social, dando vida á la caridad cristiana, fundamento y medio para resolver satisfactoriamente esa cuestión importante de actualidad. Los que todavía no quieran ver en este hermoso cuadro las vistosas imágenes matizadas admirablemente por los brillantes rayos del Sacramento augusto, que oigan la oración ferviente que Jesucristo, á continuación de haber instituido el más grande de los Misterios, dirige á su Eterno Padre: «Oh Padre santo, guarda en tu nombre á todos éstos que Tú me has dado, á fin de que sean una misma cosa *por la caridad*, como nosotros lo somos *en la naturaleza*. Ruego que todos sean una misma cosa y que como Tú, ¡oh Padre! estás en mí y Yo en tí *por identidad de naturaleza*, así sean ellos una misma cosa *por unión de amor*, para que crea el mundo que Tú me has enviado... (1)» Jesucristo, en efecto, desea esta perfecta unión; y se interesa por ella á fin de que sea la base de todas las operaciones económico-cristianas; mas la desea y exige por medio de la Santa Eucaristía que acaba de instituir, fomento y estímulo al propio tiempo de la caridad necesaria para llevar á feliz efecto tales operaciones.

Todavía hay más. Al dar Jesucristo á los apóstoles su Cuerpo y Sangre, y decirles: «Haréis esto en memoria de mí», no sólo pretende exhortarles, sino también prescribirles que celebren indefinidamente los Sagrados Misterios del Altar en memoria de Él, ya que instituía esa Divina Obra, movido únicamente de caridad hacia los suyos; intenta recuerden sus beneficios, su Pasión, su Muerte, obrados por amor al hombre, y en especial exige hagan memoria de la Sagrada Eucaristía, producto misterioso, por decirlo así, de su infinito amor. Luego, ¿no será cierto que Jesucristo, al

(1) Joan. XVII, 11.

mandarnos recordar detenidamente su inmenso beneficio eucarístico, quiso que hiciésemos memoria de su indefectible amor que nos proponía como saludable ejemplo del que nos debíamos profesar los unos á los otros en nuestras relaciones particulares?

Luego de la bella Eucaristía parten hermosos rayos de luz divina para el conocimiento perfecto de lo que deberá hacerse en pro de esta magna cuestión social. Jesucristo Sacramentado es, en efecto, el Evangelio viviente, es el Evangelio en dulce acción. Desde la Hostia inmaculada manifiesta Jesús todas las virtudes, y muy en particular el amor que nos patentizó en su vida pública. Para la armonía hoy necesaria en las clases sociales en punto á economía política ¿buscamos abnegación? ¿quién más abnegado que Jesús en la Eucaristía, donde permanece aprisionado á todas horas por nuestro amor? ¿buscamos paciencia? ¿quién más sufrido que Jesús en el Sacramento, pues arrostra nuestros múltiples desvíos, nuestros bajos desprecios é infames ingraticudes? ¿buscamos caridad? ¿quién más amante que Jesucristo Sacramentado el cual se declara como un gran incendio de amor? ¿buscamos sacrificio? ¿quién más ardiente que Jesús eucarístico, quien ha salvado todos los obstáculos para proporcionarnos una felicidad eterna? Sí; Jesucristo Sacramentado es el Evangelio en acción. ¿Y qué es lo que nos enseña en esta parte de Economía social el Evangelio, que Jesucristo Sacramentado no nos lo repita? *Siempre habrá pobres*, (1) dice. Luego los menesterosos, mientras no puedan lícitamente otra cosa, deben resignarse á vivir pobremente. *No atesoréis en este mundo...* (2) *Lo que os sobre dadlo de limosna* (3). Luego los ricos ó los pudientes deben considerarse como puros administradores de sus haciendas, y en lugar de amontonar dinero les convendrá socorrer de lo que les sobre las justas necesidades de los indigentes. *Buscad ante todas cosas el reino de Dios y su jus-*

(1) Math. XXVI, 11.

(2) Math. VI, 19.

(3) Luc. XI, 41.

ticia, y todo lo demás se os dará por añadidura (1). Luego el corazón de la racional criatura debe despegarse de los bienes efímeros de la tierra. *No os afanáis por la comida y el vestido... Sabe vuestro Padre celestial que necesitáis de estas cosas* (2). Luego nuestros cuidados deberán estar colgados de la Providencia divina que todo lo gobierna sabia, santa y equitativamente. He aquí las voces que Jesucristo emite desde la Sagrada Eucaristía para remediar el conflicto social-económico.

Mas Jesucristo Sacramentado, por medio de su Esposa la Iglesia, facilita asimismo con su predicación y sus obras católico-económicas la armonía de las clases sociales. Evangeliza á los ricos la caridad y la largueza, así como enseña á los pobres la humildad y la paciencia. Crea Círculos Católicos de Obreros para que éstos, juntamente con la cooperación del rico, atiendan á su instrucción religiosa y social, su bienestar moral y material y á la recreación honesta de sí propios. Instituye Cajas de Socorros Mutuos donde el pobre obrero encuentra el alivio de su indigencia. Funda Cajas, con el mismo objeto, para inválidos, ancianos, viudas y huérfanos y para los tiempos de cesación de trabajo. Erige Cajas de Ahorros donde el honrado obrero, mediante el sacrificio mensual de algunos reales, encuentra al término de varios años, un caudalito suficiente para dotar á una hija, redimir de quintas á un hijo ó comprar alguna pequeña finca de provecho. Aprueba y fomenta, en una palabra, toda clase de obras que redunden en beneficio del obrero y que tengan por fundamento el amor de Jesucristo.

¡Ah!, sí; lo mismo ahora que en todo tiempo la Iglesia de Jesús, conociendo las enfermedades de sus hijos, ha empleado particulares medicinas para sanarlos. Las instituciones económicas de los apóstoles, quienes crearon siete diáconos para el socorro y mantenimiento de los pobres, en particular las viudas y huérfanos, han existido bajo una ú otra forma durante veinte siglos. Á mediados del siglo III,

(1) Math. VI, 33.

(2) Math. VI, 31 y 32.

había sólo en Roma mil quinientas viudas y muchísimos pobres mantenidos por la Iglesia. Sabido es que el invicto mártir S. Lorenzo pudo presentar al prefecto, como tesoros eclesiásticos, innumerables pobres y desgraciados. El Concilio Iliberitano, año 300, mandó respetar á los esclavos (1). Después que se relegó á la historia la hermosa comunidad de bienes y de sentimientos ejercida por los primitivos fieles, Jesucristo hizo surgir á los monjes, quienes, á la par que los venerables obispos, remediaban la indigencia de los pueblos donde se encontraban instalados, endulzando toda suerte de amarguras. Cada monasterio era un sagrario para la piedad, una academia para la ciencia, un asilo para la pobreza, un taller para el arte, un maternal regazo donde se mitigaban las penas. Las sillas episcopales disfrutaban de cuantiosas fincas que se encargaban los pobres de explotarlas en beneficio propio. Pasados los tiempos que dieron en llamar bárbaros, aparecieron las Órdenes Religioso-militares y las Mendicantes, y aquéllas con sus hospederías y hospitales, y continuando éstas la grandiosa obra de los monjes, facilitaban toda clase de subsidios al pobre, atajaban los progresos del error, fomentaban la virtud y abrían nuevos y anchurosos horizontes á la ciencia, á la agricultura, á la industria y al arte. Mientras hubo conventos (tómese nota de esta especie) no hubo hambre; mientras existieron hombres como Tomás de Villanueva, que sustentaba diariamente en su palacio á 400 pobres y mantenía á 50 expósitos y dotaba anualmente á 25 doncellas y agotaba las arcas episcopales en beneficio de la desgracia: mientras hubo reyes como las Isabelas de Portugal y de Hungría, cuya mayor gloria consistía en remediar necesidades ajenas: mientras hubo un prodigio de caridad como Juan el Limosnero, que lo daba todo al indigente: ni existía magna cuestión económica ni formidable cuestión social. Éstas constituían el horrible séquito del Liberalismo, entronizado hoy en el mundo para su destrucción, quien ha hecho desaparecer los conventos, y

(1) Can. V.

con ellos el pan intelectual y material de los pobres; quien ha secularizado los hospitales y casas de caridad, convirtiéndolos en tristes y avaras mansiones; quien arrebató los bienes de la Iglesia con los cuales eran socorridos millares de indigentes. He ahí por que el revolucionario Liberalismo ha creado el ejército de los menesterosos que se levanta hoy terrible con las manos crispadas contra los pudientes, muchos de éstos enriquecidos con aquellos bienes destinados al socorro del pobre; el ejército del proletariado que espanta por su ignorancia religiosa y por sus atrevimientos inmorales; el ejército de los infelices que sufren la grave enfermedad y el dolor agudo y apenas encuentran, como no sea en el seno de la Religión católica, quien les diga una palabra de consuelo. El pobre, el desgraciado con los ojos tristes, con las manos tendidas y con los pies vacilantes, llama á las puertas del rico, pero ¡ay! el rico liberal que contra sí mismo se ha aplicado esta palabra, le responde que su dinero está empleado en el negocio y en el placer; llama á las puertas del Estado, y el Estado masónico, ó masonizante, le contesta con dureza que acuda á las Casas oficiales de Socorro; mas ya sabemos la suerte que en estos lugares está deparada al indigente; llama, en fin á las puertas de la Iglesia, y la Iglesia Católica, despojada de sus bienes, si por un lado le toma en sus brazos, le enjuga sus lágrimas, le limpia sus sudores, le consuela y le fortifica con sus auxilios religiosos, apenas puede por otro lado remediar físicamente todos sus males. Sin embargo, aun en medio de su pobreza material y del abandono, cuando no el desprecio, por parte de los gobiernos, el Catolicismo ha obrado, en estos últimos tiempos, verdaderos prodigios de amor al prójimo, fundando la Congregación de los Hermanos de S. Juan Bautista de la Salle que se dedica á la instrucción primaria sana y gratuita de los niños; la de los Salesianos y Maristas que en el reparto del pan intelectual catolizan las ciencias, las artes y los oficios; la de S. Vicente de Paúl, cuyas Hijas se dedican á la asistencia del enfermo en los hospitales y á la enseñanza católico-social de las niñas en los colegios; la de las

Hermanitas de los Pobres Desamparados que vierte el bálsamo del consuelo en el desolado corazón del pobre anciano y le sustenta con las limosnas que con su propia mano recoge de la caridad de los fieles; y otras innumerables que sería prolijo aducir. Pero ahora pregunto: ¿No es verdad que todas estas obras caritativo-sociales resuelven en su círculo de acción el gran problema económico, y que si se propagaran según las exigencias actuales desaparecería dicha *Cuestión*? Pues atribúyase todo esto, como á su necesaria causa, á la Sagrada Eucaristía fuente de todos los bienes, manantial purísimo de ferviente caridad que la destila en el pecho de los que la ejercitan.

¡Oh! todos, absolutamente todos los siglos reconocieron en el Sacramento del amor, la solución de los grandes problemas sociales, pero en especial el que, como el presente, se refiere á la vida económica. Los santos como los sabios, los papas como los reyes, los negociantes como los guerreros, los pudientes como los necesitados, acudieron siempre á la fuente de la vida y de la felicidad, á Jesucristo Sacramentado, en demanda respectivamente de virtud y sabiduría, de acierto y justicia, de buen éxito y valor, de generosidad y consuelo, y ciertamente salían de las plantas del Salvador esperanzados de obtener en la Iglesia y en sus múltiples y fecundas creaciones económicas la más completa satisfacción de sus deseos. Para que todos estos efectos resulten en nuestros aciagos días, no hay más que armarse de la coraza de la fe, y abrigar los mismos sentimientos que nuestros ascendientes.

La Santa Eucaristía, por consiguiente, es la única que puede remediar el conflicto originado de esta magna cuestión económica, que es lo que pretendía demostrar.